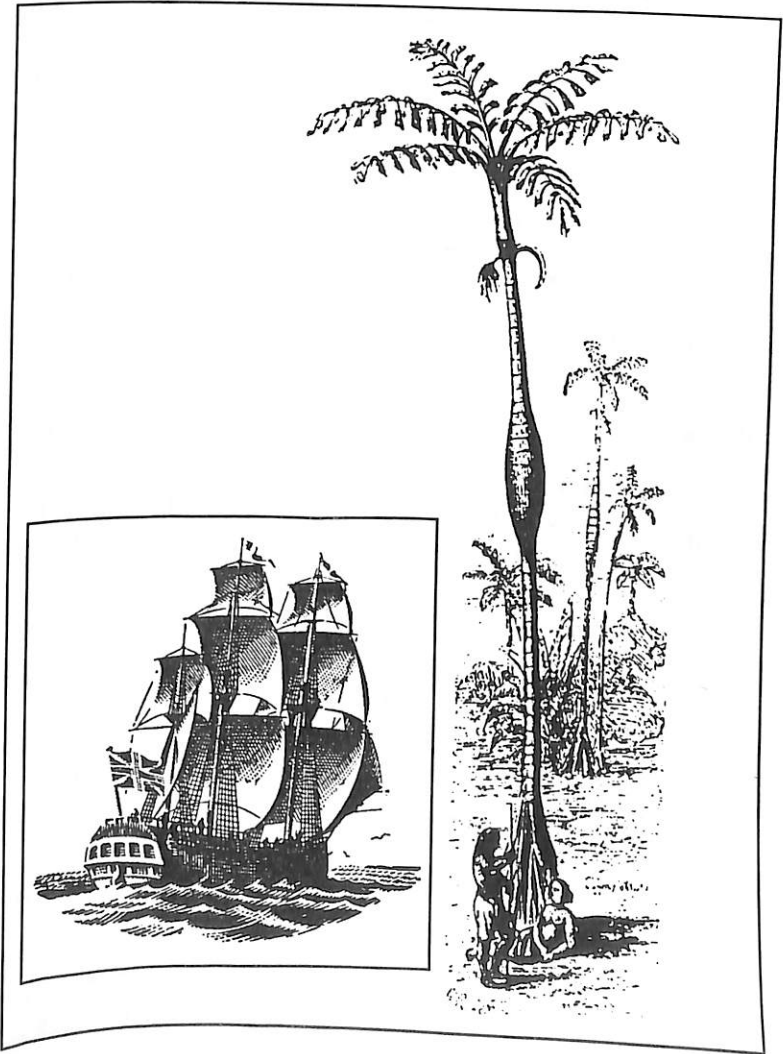
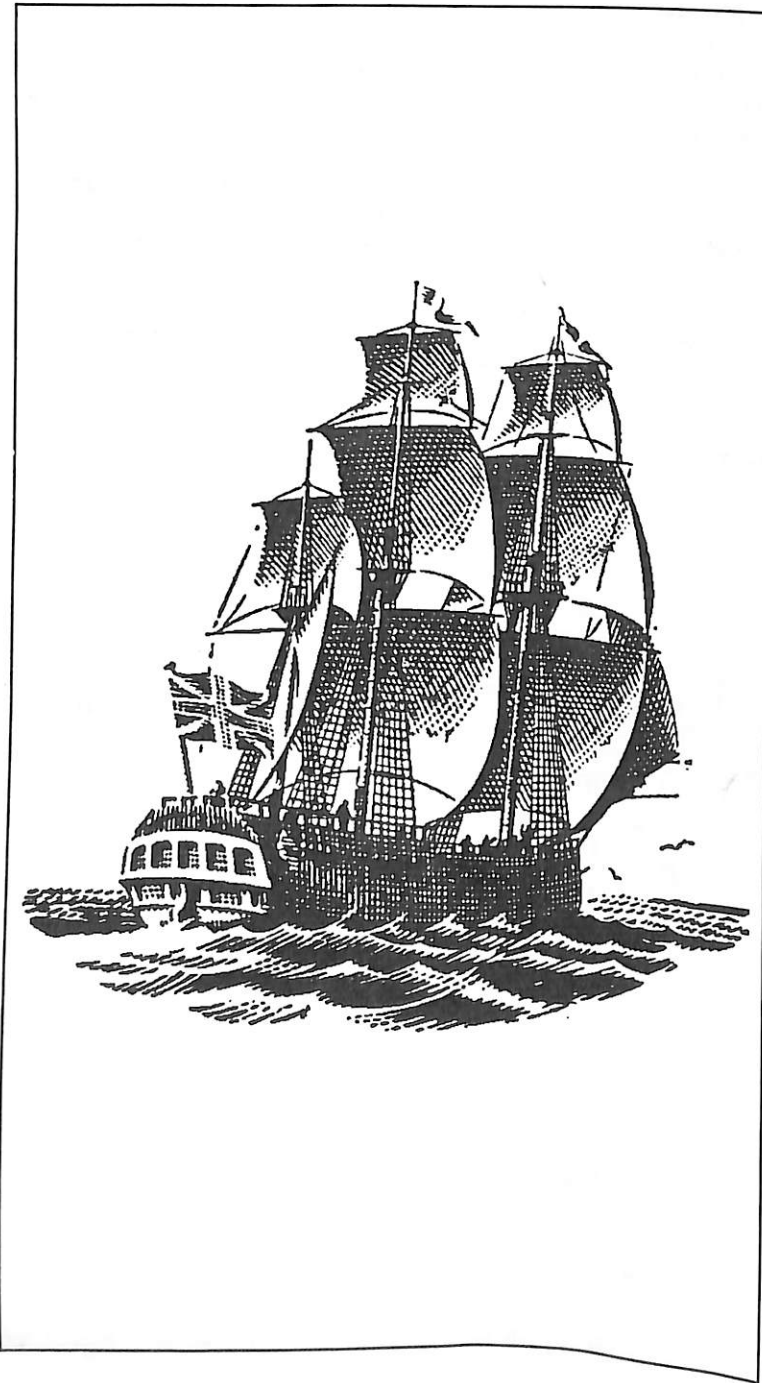


CENTRO ESTUDIOS GEN
UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA

TOPICOS DEL HUMANISMO

Setiembre de 1997

Nº 26



ASPECTOS SOCIOCULTURALES GUAYMIES

M.A. Róger Martínez Castillo

En vísperas de la conquista española, en nuestro país existieron diversos grupos indígenas con un relativo desarrollo socioeconómico y político-cultural. Sin embargo, durante el período colonial, estos pueblos fueron sometidos a un proceso sistemático de destrucción, que cortó su desarrollo independiente y formas de vida autóctona.

La problemática actual de los grupos indígenas de Costa Rica no es investigada integralmente, debido a su escasa población y dispersión de asentamientos, que se encuentran en sitios de difícil acceso, sin vías de comunicación. Hay una indiferencia estatal hacia ellos, que están marginados de políticas de desarrollo social (salud, educación); se ignoran sus derechos y necesidades, les arrebatan lo que poseen: tierras, recursos e identidad. El indígena aún sufre atropello e irrespeto a su cultura y vive en precarias condiciones, con inseguridad en su propia tierra, que se ve amenazada por elementos externos, ajenos a sus intereses, ejemplo: por los madereros, mineros, finqueros, quienes destruyen el ecosistema donde habitan, razón de su vida y cultura.

Por eso, sus valores y tradiciones tienden a desaparecer, producto del proceso sistemático de aculturación directa de la escuela, la iglesia, la ley oficial y los medios de comunicación masivos, que alteran su modo de vida. A pesar de ello, sus expresiones culturales reflejan un gran conocimiento y relación con la naturaleza, de gran valor económico y cultural.

Hay pocos datos concretos sobre la población indígena guaymí, localizada al sur del territorio nacional, cerca de la frontera con Panamá, provincia de Puntarenas. Se ubican en cuatro áreas:

- Coto Brus: Villa Palacios, Brusmalis, Caño Bravo, Quebrada Pita, Betania, Limoncito, La Casona y Alto Unión.
- Corredores: Bajo los Indios, Abrojo Montezuma y Bellavista.
- Corredores y Golfito: Alto Comte, Las Vegas, El Progreso, Santa Rosa, Río Claro, Río Coco, Río Caña Blanca, La Carona, Altamira y Santa Clara.

El guaymí proviene de una corriente migratoria de Panamá y es uno de los grupos aborígenes nacionales que aún existen, entre ambos países. Al no tener identificación en Panamá ni en Costa Rica, no gozaban de «derechos y deberes cívicos» en ninguna parte. A partir de 1992, Costa Rica les otorgó un carné, como un primer paso para documentarlos, proceso que aún está en marcha.

Las comunidades indígenas, como la guaymí, se encuentra hoy en una situación de transición; de ser comunidades cerradas con estructuras clánicas familiares y economías de subsistencia, pasan a ser abiertas y muy expuestas a influencias externas, en un proceso de «campenización» y desarraigo de sus propios valores. Esto empezó en la década de los 50, pero que se ha acelerado últimamente, con la «globalización».

Habitan en pequeñas y dispersas comunidades, con una población de 4.000 habitantes (700 familias). Su lengua materna es el guaymí (macro-chibcha), de origen suramericano, el español es secundario. Su vida, muy autóctona, aún conserva al cacique dentro de su estructura política, con una agroeconomía de subsistencia, como principal actividad.

Es difícil obtener información completa sobre los guaymíes, su historia, costumbres, organización familiar, su situación actual e inferencia estatal hacia ellos. En sus aspectos históricos, algunos autores (F. Johnson; P. Young) señalan a los guaymíes como emigrantes llegados del sur, con un gran bagaje cultural. Otros (Torres de Arauz) creen que los actuales guaymíes son descendientes de los antiguos chiricanos. Sin embargo, su arte revela gran influencia de Mesoamérica, que fue transmitida desde las costas del Pacífico y el Atlántico.

El conquistador Juan Vázquez de Coronado, al someter a las tribus guaymíes en 1564, encontró en el valle del río Coaza, una colonia chichimeca, que poseía figuras de oro, cobre y aleación local, en relación con personajes de la mitología mexicana. (L. Ferrero, 1978).

La lucha contra los españoles demostró que los guaymíes aplicaban tácticas militares complejas contra los mexicanos, quienes periódicamente incursionaban en sus territorios, lo que repercutía constantemente en sus vidas. Durante la conquista y colonización europea fueron sometidos y despojados de su vida autónoma. (R. Quesada López-Calleja, 1981).

En 1517, los conquistadores, al descubrir la parte meridional del istmo, sometieron al cacique Natá y fundaron la primera colonia en la costa del Pacífico. La

penetración de los colonizadores arrojó a los guaymíes a terrenos inhóspitos de Talamanca y zona sur; lugar donde preservan sus principales rasgos culturales. (F. Seiro, 1980).

Para 1732, los guaymíes están sometidos y marginados. La lucha que inició el conquistador con la espada y la cruz, es ahora continuada por los grandes terratenientes y transnacionales; quienes, a través de las actuales leyes, la influencia política e intereses económicos, continúan despojando al guaymí de sus mejores tierras.

Actualmente, la organización social indígena refleja una relación armoniosa con el uso de territorios y ríos, según la pertenencia de sus miembros, regulación que se da, hasta en las especies permitidas para la pesca, caza y recolección de alimentos. Sobresale la familia clánica, base de la organización tribal, que conserva tradiciones y costumbres. El rango o linaje, tiene un papel primordial, manifiesta relaciones de consanguinidad y ancestro en común. La familia extensa es una unidad socioproductiva, de donde procede la descendencia. La pareja unilineal patriarcal vive cerca de la casa del padre paterno. La mujer tiene a su cargo la mayor parte del trabajo doméstico. Es un tabú la relación de un foráneo con una mujer guaymí; aunque aceptan a aquel que ha sido acogido por su gente.

La vivienda- tipo cabaña, bohío, rancho es de material vegetal: madera, caña y techo de ramaje seco, cubierta con hojas de palma real (*Attalea Gompococoa*), sus paredes frágiles, expuestas a los vientos, es elaborada con revestimiento rudimentario, a base de tierra mojada y estiércol de ganado. Tiene un alero y techo que descansa sobre cuatro columnas principales de soporte, para la plataforma de troncos de diámetros similares, conocido como «jorón». Bajo el techo, se levanta un piso con tallos de caña brava o troncos de arboles pequeños, a 80-60 centímetros del suelo, que ocupan de 4-6 personas.

La estructura interna y el «jorón» cumplen doble función: almacén de granos y dormitorio. Los troncos tienen diámetro similar y longitud proporcional, con horcones para la hamaca. La escalera, de una sola pieza, es un tronco con incisiones escalonadas que facilita subir al piso superior.

La rústica cocina se instala en piezas separadas y su artefacto de fuego son las clásicas tres piedras irregulares de fogón, con leña de troncos o ramas secas como material carburante. Sobre las piedras descansa, el popular utensilio culinario: la paila. Pendiendo de la horqueta están las vasijas (tulas, calabazas) de origen vegetal, donde almacenan líquidos y granos. En la preparación de alimentos, se usa el «pilón» (tronco hueco), también utilizado para limpiar el arroz.

El contacto cultural con otros pueblos ha introducido una serie de modificaciones en la vivienda, como techo de zinc, ventanas y petates de descanso. La hamaca complementa la recámara de la vivienda. Carecen de todos los servicios, el agua es abastecida de quebradas, ríos, sin higiene. Acarrean el líquido en totumas, calabazas y tulas hechas del fruto seco del árbol de «merique» y lo almacenan en tinajas. En su mayoría usan letrinas de pozo negro. No existe en el hogar guaymí la comodidad hogareña. Su constante peregrinaje produce una costumbre a la incomodidad. Las casas están construidas en sitios inadecuados, que son propicios para que la población desarrolle enfermedades endémicas, como malaria, difteria, pulmonía, tosferina, parásitos, anemia, resfriados. Males que los trabajadores indígenas traen de las zonas agroindustriales. De ahí, que las comunidades guaymíes reflejan un deplorable cuadro de salud e higiene actual.

El vestido se diferencia entre ambos sexos. Las mujeres llevan largas batas de vivos colores, hasta el tobillo, con una especie de cuello que cierra por delante de la clavícula, a las niñas se les hacen imitaciones. Las mujeres llevan el cabello largo, que cae sobre los hombros o está sujeto a una cinta que atan a la parte superior de la cabeza. Usan collares de chaquiras de varios colores, peinetas, cintas y vinchas. La influencia externa se ve en el vestido masculino, con pantalones y camisa como cualquier campesino, con el típico sombrero de paja, tejidos por ellos mismos y de colores diversos, en especial los oscuros. Algunos usan gorras



y llevan el cabello corto.

Sus estructuras socioeconómicas no son clasistas, se produce para vivir y no se lucra con el trabajo. Viven en un sistema de producción y consumo comunitario, donde los fines colectivos son superiores a los privados. Con una economía simple, de autosuficiencia en el consumo de alimentos, basada en la agricultura diversificada y orgánica, dentro de un hábitat disperso. Sus conocimientos agrícolas se basan en el sistema de cultivo rotativo: quema y roza. Este sistema incluye tres aspectos: limpieza total o parcial de la vegetación existente, cortándola y quemándola, cultivo temporal de cosechas en el área ya limpia y abandono de la zona utilizada para que descansa o regenere, por unos años. Esta agricultura se da en pequeños terrenos, que no excedan una hectárea y requiere gran esfuerzo humano para los procesos de limpieza, cultivo y cosecha del producto. Las herramientas de labranza son sencillas, usan tacos de madera y machete. Este

sistema es muy productivo y está asociado a bajos niveles de densidad poblacional. La agricultura se asocia con el proceso de sedentarismo y prácticas sostenibles de agroproducción, cuando se agota el terreno, la familia traslada su vivienda a lugares cercanos.

El arroz es muy importante en la dieta guaymí, lo cultivan en gran cantidad para garantizar dos comidas diarias al año. Hecha la cosecha y reserva del consumo doméstico, los excedentes son vendidos a comerciantes foráneos, para adquirir productos que compran en épocas de escasez, al doble precio del que lo vendieron. Sus cultivos están alejados de los sitios de habitación. Lo más cultivado es maíz (i), frijol (numaño), arroz (aro), caña (ibia), plátano (mro), guineo (digima), yuca (d), ñame (dru).

La pesca y caza son dos importantes actividades practicadas temporalmente. En la pesca usan como carnada el camarón y jobillo. El pescado lo conservan seco, preparado en aceite o harina. Entre sus instrumentos, están: chuzo o lanza, redes pequeñas, flechas y veneno vegetal. Con este último emplean cáscara de nance, de corolú, fruta espavé, leche de barrabás y otros. Rechazan los químicos, porque ponen en peligro la salud humana.

La caza es una ocupación ocasional, de menor importancia. Usan el rifle y escopeta. Entre los animales que cazan, están: zahíno, loro, chiva, pavo, conejo, iguana, armadillo, guaca, tepescuintle, pizote.

En su régimen alimenticio, las mujeres y las niñas preparan la comida. Básicamente asada o hervido, en pocas ocasiones fríen. Usan la sal, como condimento común, el ají y azúcar en forma de dulce. Entre sus platos están el maíz molido o hervido (chicheme) y arroz con frijoles. El maíz es molido con piedras o en molinos manuales. Los niños comen primero, luego los adultos. Cenar al atardecer, sentados en el suelo. Como cuchara, usan pedazos de calabazas en comidas calientes. El arroz y frijoles lo comen frío, con las manos. Su bebida es el café o chocolate, en jarros de aluminio o plásticos. La chicha se prepara en fiestas.

Su arte refleja aportes en la técnica de preparar la piedra, oro, jade, madera y arcilla. Además del tejido, cestería, labrado en jícaras y máscaras, conforman artesanías elaboradas con técnicas propias. La pintura guaymí se caracteriza por el uso de figuras triangulares, con una expresión artística en los diseños y vistosos colores que aplican a sus rostros. Hay variedad de colores en sus vestidos, sombreros, pulseras, collares, pantalones de hombre y en maquillajes faciales, así como en los troncos utilizados en el juego de la balsa. La bolsita multicolor de pita o «chácara», tejidas por las mujeres, son las más empleadas y los collares femeninos y masculinos geométricos, que van desde simples líneas horizontales, de mayor o menor grueso, hasta complicadas figurillas geométricas, que laboran con cuidado. Los diseños son líneas negras sencillas que atraviesan horizontalmente ambos carrillos. También usan las que se suspenden de la nariz, con colores combinados: una línea negra y encima una roja. El tabique nasal aparece con frecuencia partido por una breve línea horizontal o dos, una roja y otra negra.

En Coto Brus, la pintura en corteza de árbol es una práctica tradicional guaymí. Esta labor de ambos

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA LUCHA INDEPENDENTISTA EN AMERICA LATINA

Enrique Zapata D.

Un primer acercamiento

Mientras más fuertes y prolongadas son las consecuencias de la dominación neoliberal en América Latina, con más frecuencia la burguesía latinoamericana rechaza las banderas de «libertad, igualdad y fraternidad» abandonando así sus propios ideales que en otra época ella misma había defendido. Generaciones enteras han creído y siguen creyendo en el carácter burgués de dichos ideales, más la historia conoce muchos casos cuando una convicción común resultaba de hecho no más que un error generalizado. A estos casos pertenece también la percepción generalizada de imaginar a la burguesía y sus ideales, de manera homogénea ya que la formación de esta imagen parece haber tenido poco que ver con el método estrictamente científico.

En efecto, una de las reglas de cualquier conocimiento y que es eterno, es que pertenece a toda la humanidad y no depende de ninguna ideología y consiste en encontrar una correcta relación entre lo general y lo particular. Digamos, si se quiere definir un ser humano en general, de que sería evidente error calificar del ser humano no clásico, ejemplar o verdadero, a un tal Juan, y condenar de esta manera al resto de los hombres, sin hablar ya de las mujeres, a que fueran seres humanos no verdaderos.

Sin embargo, si se analiza cualquier definición marxista de una «revolución burguesa» en general se observará de que su principal objetivo es la liquidación del régimen feudal o de sus restos y despejar el camino para el desarrollo del Estado burgués, es decir la solución de la cuestión agraria, la liquidación de la monarquía feudal, el establecimiento de la República burguesa, la democratización del régimen social, aún en aquellos casos cuando la causa inmediata de la revolución burguesa sea la dominación extranjera o las aspiraciones por unificar al país.

Es así que aquí notamos claramente una alta dosis de eurocentrismo. A ello hay que agregar que el éxito más significativo de dicha revolución está íntimamente ligado a los casos en que las capas bajas trabajadoras rurales y urbanas se apoderaban de tal iniciativa y los casos como la de Francia de 1793-1794, Rusia de 1905-1907 y Rusia de febrero de 1917, será fácil comprender que en el centro de aquella parte de la definición que se refiere a la época premonopolista, aparece la Francia jacobina. Tal enfoque jacobinista se nota en varias obras de Marx y Engels, prácticamente en todas las obras de Lenin, así como en los escritos de sus precursores revolucionarios- los liberales de los siglos XVIII y XIX (a pesar de que entre éstos y aquellos hay ciertos matices diferentes). Empero, el hecho de que estos sean tan generalizado no significa su carácter científico, pues resulta justamente que la revolución burguesa en general es ante todo la Revolución Francesa, mientras que las demás no son estrictamente burguesas, o no son revoluciones del todo.

Aquí trataremos de analizar algunos aspectos relevantes de la lucha independentista en América Latina y que hasta el día de hoy han quedado al margen de los estudiosos de la temática.

Algunas concepciones teóricas sobre el carácter burgués de la Emancipación

Como cualquier teoría comienza con la definición de su objeto, ésta influyó enormemente sobre el estudio de la problemática en América Latina. Por Ejemplo, para algunos científicos marxistas la Emancipación no era más que un movimiento separatista, elaboraron otra concepción evaluándolas como una revolución burguesa, lograron legitimarla y contribuyeron a la formación de nuevos historiadores quienes perciben el carácter burgués de la Emancipación como «una verdad tan evidente que se injuria a la razón con pretender demostrarla».

Con todo, tuvieron que construir la concepción según la definición común de la «revolución burguesa» y junto al historiador ale-

mán Manfred Kossok, aceptaron como «base sólida» para su análisis a la revolución clásica y ejemplar de Francia.(1) Como la «base sólida» resultó «arancesada» y no dejaba ningún espacio a la realidad latinoamericana, entre ésta y tal concepción se crearon inevitablemente serias divergencias. Primero, palparon correctamente la contradicción entre el crecimiento capitalista de las colonias y el régimen colonial que lo frenaba (2). Pero, como no era suficiente para el esquema francocentrista, se concentraron en la guerra de independencia sólo en Hispanoamérica, donde parecía válido el criterio antifeudalista. Como es lógico, esta guerra quedó aislada artificialmente del «ramo americano» la revolución burguesa internacional (3), particularmente de la guerra en Norteamérica, cuyo carácter burgués sea incuestionable, pues ellos mismos, siguiendo a los liberales, después a los socialistas y luego a J.C. Mariátegui, dividieron la colonización de América en la «capitalista» en el Norte y la «feudal» en el Sur, más no podría ser demostrado en términos de la lucha entre el capitalismo naciente y el feudalismo en un caso. Por la misma razón dicha guerra quedó también separada de la emancipación brasileña, la cual debido a sus formas «pacíficas», la conservación de la esclavitud, de la monarquía y por ser «otro feudalismo», hasta ahora no se estima ni burguesa, ni revolución, ni guerra de hecho no se sabe qué es lo que fue. (4)

Vemos entonces de que la sola realidad hispanoamericana, aunque separada, se obstina en ajustarse al criterio antifeudalista. Así, al identificar el latifundismo como el feudalismo parece que se logró cierta armonía con el guión francés, esto es con la lucha del capitalismo con el feudalismo. El hecho de que el latifundismo sobrevivió a la Emancipación tampoco parece tener implicaciones, pues para algunos fue una revolución inconclusa. (5) En realidad el latifundismo no se conservó, sino que creció substancialmente y aún más, durante el siguiente ciclo revolucionario burgués (reformas liberales de la segunda mitad del siglo XIX) se acrecentó. Por otra parte, la identificación de los latifundios con los feudos implica calificar también de feudales a sus dueños y éstos fueron Bolívar, Sucre, Rivadavia, San Martín, O'Higgins, como en general lo fueron la mayoría de los líderes no sólo de la Emancipación, sino también de las reformas liberales.

Cabe destacar que el verdadero grupo hegemónico -los latifundistas- quedó desplazado al traspaso de la revolución de la revolución. Y si en algunos casos tal concepción permite a los «procedentes de latifundistas» encabezar a las masas populares, no lo hicieron porque fueron latifundistas plantadores o esclavistas, sino porque «sirvieron a la causa de la liberación de sus pueblos del yugo colonial y expresaron objetivamente los intereses del desarrollo burgués» (6) (casi de la misma manera como más tarde sirvió a la causa popular otro «disidente de la aristocracia» como fue Lenin en Rusia).

Por otro lado, merece destacarse la contradicción entre el crecimiento capitalista y el régimen colonial. Entre otros motivos, debido a que se invoca la tesis de Haya de la Torre sobre la «demora» de la génesis del

capitalismo en Latinoamérica (sólo a finales del siglo XIX e inmediatamente a partir del imperialismo). Como no hay revoluciones burguesas sin gérmenes del capitalismo, se trata de evitar el adjetivo «burguesa» con respecto a la Emancipación y presentarla como un suceso o revolución «netamente» política que trae la independencia sin tocar la vieja estructura socioeconómica. (7)

Carlos Marx habla de revoluciones «sociales» y «políticas». Para él «cada revolución destruye la vieja sociedad y por lo tanto es social. Cada revolución derroca el viejo poder y por lo tanto tiene carácter político...». La revolución en general -el derrocamiento del poder existente y la destrucción de las viejas relaciones- es un acto político. (8) Ello significa que no hay revoluciones «netamente» políticas que no toquen las relaciones socioeconómicas. Por otro lado, en ninguna parte se ha reducido el

sexos, que requiere destreza y paciencia. Luego, de largas travesías en el bosque lluvioso, en el árbol escogido se hacen cortes verticales en la corteza, paralela a la fibra. Gradualmente, por medio de numerosos y controlados golpes cortos con el lado mocho del machete, la corteza es aflojada y levantada intacta. Su textura es tratada para convertirla en un material fibroso, como el papel, llamado mastate. Al ser removida las láminas, éstas son llevadas a casa. El tejido húmedo y no fibroso es raspado y golpeado fuera de la fibra, con gran cuidado para no dañar el mastate, luego se secan al sol. El mastate bien preparado es suave, flexible y duradero, donde pintan su mundo y concepción estética y espiritual, con los dedos o un trapo mojado en el tinte. Estas pinturas representan una síntesis de sus valores e identidad.

La máxima expresión del arte guaymí se manifiesta en los anchos pectorales, llamados «chaquiras». Que están hechos geométricamente, entrelazando diversos colores, con partes que tienen hasta cuatro pulgadas de ancho y son usados por el cacique, como símbolo de mando. En días festivos son adornados con plumas de guacamayas y cintas de colores. Hoy, la confección de esta artesanía es una fuente de ingreso local. Además, del sombrero de paja, tejido en pita o chonta, de copa baja y ala ancha.

Sus entretenimientos son sencillos, van desde el inocente canto del niño que expresa su ilusión, hasta el juego de campo, donde imitan a los animales silvestres. Con espectáculos, como el emocionante juego de la balsería, donde el lanzamiento del palo de balsa y esquivamiento del golpe, continúa casi inalterable, a pesar de todas sus secuelas de dolor y sangre. Los hombres dibujan en sus rostros líneas caprichosas de colores rojo y negro, para expresar alegría y las mujeres adornan con sus vestuarios.

La educación oficial se da en 22 centros educativos: 8 direcciones y 14 unidades unidocentes, con 30 maestros, de los cuales, 3 son guaymíes, que en forma itinerante, apoyan la labor con su idioma en 7 escuelas. Su índice de analfabetismo está entre 70-80 %.

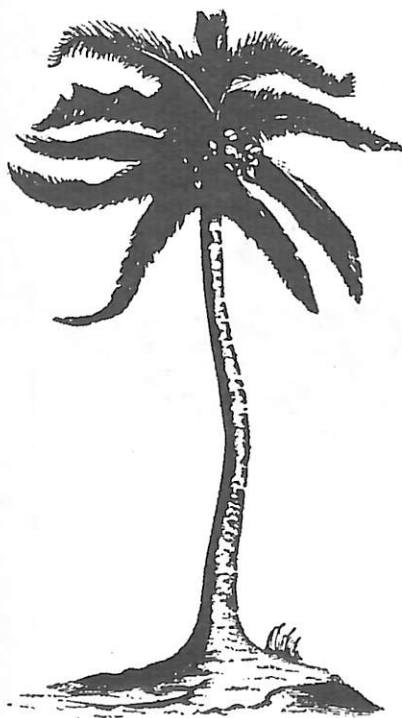
La enseñanza oficial y sus programas educativos utilizados en todo el país, no destaca el aporte histórico del indígena a la nacionalidad, ni muestra sus luchas de resistencia al proceso de conquista y colonización de sus tierras, no contempla su problemática, ni el estudio de su cultura y su lengua, sino sólo la cultura oficial, ajena e impuesta a sus intereses. La influencia de esta educación se deja sentir en la familia y la comunidad indígena, en la pérdida de sus costumbres y tradiciones. De ahí, que existe una necesidad de capacitación al maestro indígena, que incluya su cultura y lengua, con políticas de integración al desarrollo nacional, de manera digna.

En conclusión, el indígena no administra sus tierras, pueblos, economía, ni destino. Tanto los guaymíes, como otros grupos indígenas de nuestras tierras, han sido subyugados en todos los campos. El proceso de integración indígena hacia la nacionalidad costarricense es muy débil, no se estimula, se le aísla e ignora. Los guaymíes aún permanecen marginados y continúan viviendo en condiciones infrahumanas. El Estado y la sociedad en general son culpables de esta situación despectiva consciente hacia el indígena, que están con hambre de tierras, de respeto y progreso.

Da pena ver que el indígena, siendo parte de nuestras raíces, vive todavía marginado y discriminado en dos niveles: etnocultural y político; o sea, como indígena y como individuo nacional (Guevara, 1990). Por ser minoritarios dentro del país y por vivir dispersos, con pocas posibilidades de ser grupos de presión, causa que sus intereses no tengan eco nacional y sean ignorados sus problemas. Debemos proteger sus instituciones en vez de imponerles las nuestras. Lo óptimo es darle autonomía a su gobierno interno e impulsar políticas de desarrollo, respetando su cultura, enmarcada en el rescate de su lengua, costumbres y formas de agroproducción sostenible.

Bibliografía:

- Boletines del Ministerio de Cultura, 1992, 1993.
- Semanario «Universidad» # 9 set. 1991 y 11 oct. 1991, 1994.
- Asociación de pueblos indios de Costa Rica. Boletín 9 set. 1990.
- Martínez, Róger «En torno al V Centenario», Perú, 1992.
- Seiro de Noriega Felicidad «Los indios guaymíes frente al problema educativo y cultural». Ed. Ramírez-Antares, Colombia, 1980.
- Carta Pastoral «Tierra Madre», San José, 1994.
- Guevara, M. y Chuprine, A. «Fondo de Prevención de MIDEPLAN» Programa MIDEPLAN-BID», Vicerrectoría de Investigación, UCR, 1992.
- Entrevista con Francisco Salomón Ortiz. Asesor Nacional de Educación Indígena, Zona Sur, MEP, 1996.



régimen colonial a una pura dependencia política, pues supone además la propiedad suprema de monarca de ultramar sobre los recursos naturales y humanos de la colonia, el lugar especial de ésta en la división internacional del trabajo, los monopolios comerciales, prohibiciones, restricciones, reglamentarias, impuestos y aranceles de todo tipo, lo que en suma, forma parte de la estructura, del sistema colonial de las relaciones de producción o la base económica, protegida por una correspondiente superestructura política. Semejante base y estructura, en sus rasgos substanciales, fueron idénticas en todas las colonias americanas, tanto «feudales» de España y Portugal, como «burguesas» de Inglaterra, Francia u Holanda. Es por ello que durante medio siglo, pasa por unos y otros dominios el ciclo, justamente americano, de revoluciones idénticas por su orientación y resultados. Y es por ello que las revoluciones, tanto en América del Norte como en Brasil, por ejemplo, conservaron la esclavitud de los negros y al destruir el régimen colonial transformaron tanto la base como la superestructura de la sociedad eliminando de esta manera obstáculos concretos en el camino de capitalismo concretos con su respectiva especificidad.

Para que el principio latifundista, que sirve de soporte en la tipología de revoluciones válido en América, el concepto genérico de la «revolución burguesa» debe de hecho abarcar en el espacio a toda la formación burguesa. Por lo tanto es preciso excluir del mismo las características peculiares del centro (Europa Occidental) y dejar sólo aquellas que lo asemejan con la periferia (América Latina por ejemplo).

Sin embargo, la historia conoce no sólo formaciones socioeconómicas y transiciones de una a la otra, sino también distintas fases, etapas o estadios de la misma formación; digamos el capitalismo de acumulación originaria, el manufacturero, el de competencia libre, el monopolista, el monopolista del Estado, el transnacional. Cada fase se caracteriza por su peculiar sistema de relaciones de producción, incluyendo la esfera de relaciones económicas internacionales (dentro del propio centro-periferia). Cada uno de estos sistemas no se erige como sea, sino según los planes de determinada doctrina económica-política ya sea mercantilismo, liberalismo, keynesianismo o monetarismo contemporáneo. En cada etapa son también especiales los rasgos de la superestructura cuyas diferentes formas en América Latina es posible relacionar con el Estado colonia, el oligárquico (liberal y conservador), el populista, el neoliberal. De aquí que la transición de una fase a la otra es, a la vez, la destrucción de la vieja sociedad y el derrocamiento del viejo poder, es decir la revolución social y política.

Con respecto a estas revoluciones ya no cabe el enfoque formacionista para una eventual tipología, pues sus antinomias son demasiado burdas («propiedad feudal-propiedad capitalista»), («monarquía feudal-república burguesa», etc.). Por consiguiente, para que la «revolución burguesa» sea capaz de abarcar en el tiempo la formación capitalista desde su origen hasta las etapas venideras, tanto más se necesita eliminar de su definición cualquier referencia a la situación específica de Francia de finales del siglo XVIII. Como hipótesis podría decirse que es burguesa aquella revolución que despeja el camino para el desarrollo capitalista. O sea, sin especificar los obstáculos concretos que pueden ser muy distintos en diferente espacio y tiempo. Es entonces cuando las revoluciones americanas ocuparán su debido lugar en la «revolución burguesa», aunque se hubiera limitado a la destrucción del colonialismo, sin tocar el «feudalismo».

El Concepto de lucha de clases en la Emancipación latinoamericana

Otro criterio que es muy importante e imprescindible, está relacionado con la correlación de fuerzas y el resultado de la lucha de clases, concepto teórico que implica la presencia, así como la profundidad con que las reivindicaciones populares influyen en el balance final de la revolución, y hasta pueden cambiar su propio carácter. Pero para comprender dónde están las transformaciones propiamente burguesas y dónde el «aporte» popular, no se debe diluir en un «poderoso movimiento popular por la independencia» (9), sino, al contrario, separar y analizar los intereses de distintas clases o estamentos sociales, o sea la burguesía, del campesino libre y las capas bajas urbanas, del campesino comunal indígena, de los negros-esclavos. Tal enfoque podrá fácilmente comprobar la teoría acerca de la hegemonía de los latifundistas criollos en la Emancipación latinoamericana.

Pero, el por qué no encabezaron el «separatismo», sino la revolución burguesa, es posible entender a partir de las tendencias del desarrollo capitalista a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Primero, porque su transición inició con la etapa manufacturera y de la doctrina y praxis mercantilistas que le correspondían a ésta, hacia la competencia libre con su clásica liberal en la economía política de los fisiócratas

y Adam Smith, así como en la política comercial de Inglaterra que desde finales del siglo XVIII venía atravesando por la Revolución Industrial. Segundo, el Nuevo Mundo durante 300 años se había configurado como la periferia agroprimaria del capitalismo europeo, por lo tanto el empresario latinoamericano no la componían los industriales, como en Inglaterra, sino los «marqueses de chocolate» de Venezuela o Quito, los plantadores de Cuba, Haití o Brasil, los grandes productores de añil en El Salvador, de cochinilla en Guatemala, los ganaderos de la pampa, de los llanos, etc., y otros grandes terratenientes junto con los mineros y comerciantes.

La libertad de comercio y de empresa (librecambismo) era el fundamento del liberalismo y del capitalismo de libre mercado, mas amenazaba a los manufactureros e incluso a los comerciantes de América Latina con una ruinosa competencia por parte de la poderosa burguesía industrial y comercial europea. De ahí que recurrían, por lo menos, a algunos elementos del mercantilismo (monopolios comerciales, proteccionismo, etc.). Al contrario, las proporciones de la producción comercial que poseían los mineros y, sobre todo, los latifundistas no cabrían ya dentro de los restringidos mercados internos y aún más requerían la libertad de comercio exterior para su crecimiento ulterior. A estos grupos empresariales no les amenazaba la competencia europea ni en la minería, ni en el agro tropical. En cuanto a la producción de los productos de origen europeo (trigo, carne, cueros, etc.), tales ventajas como la fertilidad, la abundancia y baratura de las tierras en América, les favoreció hasta tal punto que obligaban a los europeos, incluyendo los landlords y farmers ingleses, a defenderse de su competencia (cabe recordar las «leyes del trigo» de 1815-1846). Este y muchos otros factores indican que la revolución burguesa de América Latina ha encontrado en los latifundistas a sus protagonistas y su grupo hegemónico adecuados.

La integración a un determinado sistema de la economía mundial requiere también un determinado mínimo de condiciones socioeconómicas y políticas en cada país integrante. Hoy lo observamos claramente cuando el ingreso a los mercados internacionales es previamente condicionado según las recetas de FMI y otros organismos financieros internacionales. De la misma manera el sistema de economía mundial que venía formándose desde finales del siglo XVIII alrededor de Inglaterra y a que aspiraron tanto los revolucionarios burgueses latinoamericanos, suponían ciertas reformas esencialmente liberales.

Al dividir las vías del desarrollo capitalista en el agro en la «norteamericana» (a través de la libre propiedad campesina) y la «prusiana» (mediante un lento y doloroso proceso de la transformación del feudo), Lenin no dejó ningún espacio a la vía inglesa (esto es al despojo masivo del campesino y el «cercado de los latifundios»). Por consiguiente, al convertir una reforma campesina en el criterio fundamental de transformaciones burguesas (ya que según Marx «Inglaterra, en este sentido, es el país más revolucionario del mundo») (10), nos confundió e influyó decisivamente en la imagen «populista» de la revolución burguesa en general. Viendo que sólo en Paraguay y en Haití tubo reformas campesinas, es lógico que llegaran a la conclusión de que, exceptuando estos dos países, la revolución burguesa de América Latina (la Emancipación) no produjo ningún cambio socioeconómico. «La gran propiedad rústica quedó intacta, los latifundistas y la Iglesia Católica conservaron sus posiciones, la mayor parte del campesinado siguió explotándose cruelmente, los indios y los negros de hecho quedaron privados de los derechos políticos mediante los censos de propiedad y de educación...» (11) Al mismo tiempo el enfoque tan «populista» implica la deducción de que fueran realmente «burguesas» la revolución de los negros haitianos y la del campesinado paraguayo.

Mientras tanto los documentos citados sostienen que en toda América Latina se daba la destrucción del régimen comunal de tenencia de tierra e incluso de la propia comunidad indígena, que mediante las «campañas del desierto» y la venta febril de terrenos «baldíos» se procedió a la destrucción de los restos de la comunidad primitiva de los nómadas y de la pequeña posesión campesina ilegal que cedieron el lugar a la gran propiedad privada, que el librecambismo («laissez faire, laissez passer») provocó la agonía de la organización gremial del artesano; que el despojo de pequeños productores fue acompañado por las crueles leyes contra la «vagancia», que se prohibieron el mayorazgo y demás vinculaciones y comenzó la expropiación de bienes raíces de la Iglesia y de las órdenes religiosas. Al paso se estaban creando los bancos, del sistema de crédito desaparecían las restricciones de la usura, se emitieron múltiples leyes para facilitar el flujo del capital extranjero y la inmigración masiva de europeos.

Claro está que estos cambios son enteramente contrarios a la reforma campesina de los jacobinos en Francia, pero significan una transformación no menos brusca y radical de las viejas relaciones. Mediante estos

cambios la burguesía latinoamericana, y en primer lugar, los latifundistas, convertían en propiedad privada capitalista todos los tipos de posesión de bienes raíces (creaba un mercado de los medios de producción); «descampesinaba», «desartesanaba» y coaccionaba al trabajo asalariado a una enorme masa indígena comunales, pequeños ocupantes de terrenos «baldíos» y artesanos y creaba un mercado de mano de obra y aseguraba la libre circulación de capitales (creaba un mercado del capital circulante, incluyendo un sistema de crédito). Dicho de otro modo, por medio de estas reformas se edificaban el crecimiento de la economía del mercado en plena correspondencia con la teoría clásica de la economía política del liberalismo.

Para construir sobre esta nueva base una superestructura que, según las mismas recetas liberales, no obstaculizara sino que mantuviera el libre juego de las fuerzas del mercado, se valía de la república (o monarquía constitucional), el federalismo, el principal surtido de los derechos del «hombre y el ciudadano» y desde luego, los altos censos de propiedad y educación, para que ni en el pueblo ni en los historiadores nazcan ilusiones respecto del «hombre y el ciudadano» (éste raras veces superaba un 7% de la población), al cual estaba destinado todo, así como respecto de qué significan la libertad, la igualdad y la fraternidad en una revolución verdaderamente burguesa.

CONCLUSIONES

De tal manera que es comprensible la crueldad de la lucha de clases, la lucha que derramó mares de sangre antes, durante y después de la Emancipación. Es esta tenaz resistencia popular la que no permitió a que la transformación burguesa se diera en forma más expoliadora, postergando muchas reformas para el segundo ciclo revolucionario. Y también es ella la que provocó cambios que suelen ser atribuidos a una supuesta necesidad «objetiva» del propio capitalismo: basta comparar los resultados de la guerra en Venezuela, donde los negros arrebataron la libertad a su burguesía «libertadora», con los del Brasil, donde los negros no tuvieron tiempo para levantarse e impedir a los «fazendeiros» a que rápidamente «liberaran al pueblo del yugo colonial» y siguieron en la esclavitud casi hasta el final del siglo XIX.

Sin embargo, cuando las masas populares, especialmente el pequeño campesinado que supuestamente «engendra el capitalismo cada hora» y por la vía «norteamericana», de hecho «se apoderaban de la iniciativa», entonces el éxito más significativo de la «revolución burguesa», contrariamente al esquema jacobino, se tradujo en la masacre de toda la burguesía (plantadores blancos junto con los «pequeños blancos» de Haití) (El Paraguay de 1814-1840). Sobre el suelo liberado de ésta aparecía la «propiedad socializada» en forma de plantaciones estatales, las «estancias de la Patria» y las manufacturas del Estado, junto con una correspondiente superestructura en forma de dominación de la burocracia militar y estatal. Tales revoluciones verdaderamente populares, las cuales no se interrumpían por un «thermidor» burgués, como en Europa, jamás eran burguesas y se conocen en la historia bajo un nombre completamente distinto. Estamos así, asistiendo a una nueva recapitulación y replanteamiento de las luchas libertarias en el continente americano. El carácter de esas luchas emancipadoras, serán con el tiempo, demostrados con nuevos aportes de la ciencia histórica, ocupada, no sin apasionamientos, de un tema tan interesante.

BIBLIOGRAFIA

1. Kossok M. El ciclo revolucionario ibérico (1789-1830), En: Cuadernos de Historia, Buenos Aires, 1985, No. 9, p. 15.
2. Alperóvich M. S., et al. Sobre la guerra emancipadora de las colonias españolas en América (1810-1826). En: Problemas de Historia. Moscú, 1956, No. 11, p. 56, 71, Miroshkevsky V. N. Movimiento de liberación en las colonias americanas de España desde su conquista hasta la guerra de independencia (1492-1810). Moscú; Leningrado, 1946, p. 69.
3. Foster W. S. Revoluciones de 1810-1826 en América Latina. Problemas de Historia, 1961, No. 5, pp. 48-50.
4. Ver: Historia de América Latina. Epoca precolombina - los años 70 del siglo XIX. Moscú, 1991, pp. 200-201.
5. Ibid., p. 192; Problemas de Historia, 1956, No. 11, p. 71.
6. Ibid., 1956, No. 11, p. 71.
7. Volsky V. V. (De). Capitalismo en América Latina. Moscú, 1983, 8; p. Karavaev A. P. Capitalismo en Brasil. Moscú, 1987, pp. 65-67.
8. Marx C. Notas críticas para el artículo «El rey prusiano y la reforma social». En: Marx C., Engels F. Obras completas. México, 1955, T.I, p. 448.
9. Problemas de Historia, 1956, No. 11, p. 56.
10. Marx C. Teorías de la plusvalía. En: Marx C., Engels F. Obras completas. Moscú, 1963 t. 26, p. 256.
11. Problemas de Historia. 1956, No. 11, p. 71; Historia de América Latina. Epoca precolombina - los años 70 del siglo XIX. p. 192.

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
coordinador

Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Martha Rojas Bolaños



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

Presentación

Las antiguas culturas aborígenes nuestras tan importantes para el significado de la convivencia y la sociabilidad son mostradas en este ensayo sobre la cultura guaymí en donde la eficacia del enfoque, otras formas de convivencia en los elementos estructurales de su diversidad, las formas de producción y consumo comunitario permiten poderlos conocer con la lupa de la historia y de los aspectos más relevantes que tienen que ver con los esquemas ecológicos hoy en boga.

En un segundo ensayo pretende dar una síntesis de los elementos importantes en la esfera política concernientes a la sociedad y la revolución social que estos términos significan imbricados en nuestra cultura latinoamericana. Puede el análisis darnos los niveles descriptivos de sociedad enfrentadas a su libertad y al desarrollo de los elementos estructurales que las sustentan. Y es a partir del colonialismo en que las sociedades nuestras se ven destinadas a la vorágine de las revoluciones para mejorar, ampliar la libertad en la democracia. Esta espiral de las revoluciones han creado grandes perspectivas en nuestro continente a favor de su esperanza que cada día está permanente en los hombres. El lector puede encontrar, entonces, sus respuestas a los grandes interrogantes latinoamericanos.

Gerardo César Hurtado O.